

1.

Cierta primavera, mucho antes de dirigir mi primer largometraje, tuve que acudir a un funeral en un municipio rural. El difunto era algún pariente mío; puede que fuera un universitario o una persona mayor. Me trae sin cuidado. Para ir al evento, viajé primero en avión, después en coche de línea y, finalmente, fui caminando y llegué justo en el momento en el que sacaban el féretro de la iglesia para ponerlo bajo tierra.

Pasé todo el viaje de ida leyendo el relato de *El extranjero*, de Albert Camus. Ni en el avión ni en el autobús despecué la vista del libro, sino que me adentré en el destino de ese desdichado oficinista argelino-francés. Era la segunda vez que lo leía. Había conocido las narraciones de Camus ya en la edad del pavo, aunque entonces no lo había entendido en absoluto. Había experimentado el libro, sobre todo, como un relato de suspense con un final claro, pero bastante inesperado. Tampoco estaba seguro de entender la obra en todos sus niveles filosóficos en ese momento, pero recuerdo pensar mientras leía que, si alguna vez llegara a ser director de cine, me gustaría dirigir precisamente una historia de este tipo.

Ya en aquellos años solía tener la sensación de que podría combinar los mundos de la imagen, el sonido y la música con todos sus detalles de un modo que se saliera de lo normal. Esa sensación era tan clara y tan secreta en mi interior que no la compartí con nadie. Durante años había acudido a cientos de proyecciones de películas en distintos cines y clubes de cine; aun sin ningún tipo de formación, creía ser capaz de dirigir una película, si la ocasión se presentara. Especialmente, si creciera en mí una historia que me creara la necesidad de dirigirla. *El extranjero* era ese tipo de obra.

Esa creencia manifestaba el tipo de persona que era en esa fase de mi vida: una persona hecha a sí misma. Tenía mis propios pensamientos, mis propias creencias y mi propia línea de razonamiento sobre todo aquello que veían mis ojos, todo lo que oían mis oídos, todo lo que sentía y percibía con mi cuerpo y mis sentidos. Al mismo tiempo, sabía que me faltaba una lengua real para expresar esos sentimientos. Puede que eso fuera lo que me hizo empezar a creer que, justo mediante una película, podría expresarme en mi lengua. Por eso también acepté completamente mi situación en la vida. Me excluía de forma consciente de las cosas y de las personas, recluyéndome en mi propio mundo privado en el que hablaba una lengua que creía dominar yo solo, como único habitante de esa realidad en la que vivía.

Mientras estaba de pie frente a la tumba de mi familiar desconocido, con un gran número de acompañantes en un rincón, sentí que la lengua general que se utilizaba en ese evento era la lengua de los *sumisos*. El párroco repetía frases que se sabía memoria, y las personas utilizaban, con sus gestos y expresiones, la lengua que les correspondía utilizar en un evento así para ser aprobados por la sociedad. Los asistentes de mayor edad —que parecían ser más devotos, a juzgar por su expresión ante las palabras del párroco— también parecían unos hipócritas porque, al menos para algunos de ellos, el difunto tenía que ser un completo desconocido. Yo creía que uno iba a los funerales, sobre todo, conmovido por algo íntimo.

Ver a mi familiar en el entierro no significaba nada para mí, puesto que nunca había creído en los lazos de sangre. Mis primos, mis primos segundos y mis familiares aún más lejanos: todos eran caras completamente desconocidas para mí y me causaban total indiferencia sobre la faz de la tierra. Nunca los había conocido ni había visto a ninguno de ellos

después de los eventos obligatorios de mi tierna infancia, por lo que ahora tampoco reconocí a ninguno. Solo estaba allí en representación de mi padre, que no había podido asistir al funeral. Me había dado instrucciones para el viaje enviándome una invitación al funeral con una sola frase: «Deja la corona con las demás y vete».

Durante todo el inicio del entierro observé el frente de luto como si fueran el micelio de alguna planta, por el que subían diversos ojos, narices y pares de orejas, que habían sido despejados de toda maleza. Muchos asistentes sujetaban sus arreglos florales contra su vestido de fiesta, de un modo que me recordaba, en palabras de Albert Camus, a la *tregua melancólica*. El propio difunto ya estaba fuera de la guerra a la que había asistido en vida; ahora los presentes estaban momentáneamente fuera de sus propias guerras y escuchaban al párroco, quien repetía lo mejor que sabía las mismas palabras que diría al día siguiente sobre otra persona. Pronto nos iríamos de allí y todos los presentes volverían a su propia batalla de supervivencia, a su propia cárcel melancólica. En las ramas de las coníferas, los trinos de los pajarillos hacían eco a mis pensamientos. Por encima de las copas de los árboles pasaba la gélida luz de mayo.

Cuando el féretro estaba ya en la tumba y la gente empezó a depositar las coronas y las flores sobre las ramas de abeto que la cubrían, fijé la atención en cierta persona que estaba sentada tan apartada de los demás como yo. Se encontraba detrás del resto de la gente, en el lado contrario al que yo estaba, por lo que al principio me pareció haber visto tan solo su silueta. Fijé la atención en esa persona porque miraba el final del entierro desde un lado, como si fuera un objeto invisible en algún lugar fuera del cementerio.

Cuando el párroco empezó a dar la mano a los parientes cercanos y a las primeras personas que abandonaban el lugar,

me trasladé a un segundo plano, muy a la derecha, para ver mejor a esa persona. Ahora distinguí que se trataba de una mujer, quizá algo mayor que yo y completamente extranjera. En toda su esencia y forma de estar presente sin estar presente, no encajaba, de ninguna manera, en la imagen general del funeral.

La mujer estaba de pie a un lado del grupo de gente, varios metros por detrás de los últimos visitantes, como si hubiera acabado allí por casualidad y ya no fuera capaz de irse. Sin embargo, parecía que había ido expresamente a la ceremonia. Llevaba el cabello negro de longitud media atado en una trenza lateral. Con una mano sujetaba la correa de su bolso de mano; la otra mano la tenía dentro del bolsillo del abrigo. Por debajo del dobladillo del abrigo se distinguía un vestido rojizo de terciopelo con pliegues. Cuando la mujer sacó la mano del bolsillo y se rozó el pómulo, su muñeca dejó ver un aro cuyo material no pude distinguir en la distancia.

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago y empezaba a cubrirme de sudor; en ese momento, la mujer empezó a moverse al lado de la gente hacia la tumba. Avanzaba con paso firme, como una persona que toma todas las decisiones en su vida. Finalmente, se quedó de pie al lado de la tumba, inmóvil, sin depositar nada sobre las ramas; se limitó a mirar hacia abajo, como si el dolor la presionase en esa posición y la dejase paralizada en el sitio. Finalmente, esta mujer que parecía mulata se enderezó y, sin dejar de mirar al frente, regresó con calma a su sitio; entonces, se quedó mirando fijamente al horizonte del cementerio.

Todo esto lo observé por detrás, sin distinguir la cara de la mujer en ningún momento. Solo veía su estrecha figura, su cabello negro y su perfil. Tampoco tuve tiempo de más, ya que varias miradas alrededor de la tumba se dirigieron hacia mí: algunos parientes del difunto me habían reconocido. Era mi turno de acercarme al féretro.